

Habacuc



Cómo poner en perspectiva los afanes de la vida (2.1 – 3)

John L. Kachelman, júnior

Sobre mi guarda estaré, y sobre la fortaleza afirmaré el pie, y velaré para ver lo que se me dirá, y qué he de responder tocante a mi queja. Y Jehová me respondió, y dijo: Escribe la visión, y declárala en tablas [...] Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no men-tirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará (2.1–3).

Un barco fue sorprendido por los embates de una horrible tormenta. El mar se puso peligroso. El timón no podía dirigir la nave, y el viento la conducía rápidamente hacia una costa rocosa. Una ancla fue arrojada fuera del barco, pero no detuvo la nave. El timonero soltó el timón y corrió por todo lado clamando: «Oh Dios, estamos perdidos, ¡ten misericordia de nosotros!». El terror se apoderó de todos. Cuando el naufragio total parecía inevitable, la tripulación arrojó otra ancla, que sujetó firmemente al barco a una roca que estaba bajo las olas que rugían. De inmediato controló el barco. El timonero volvió a su puesto y clamó: «Gracias Dios, ¡estamos a salvo!». Los pasajeros y la tripulación se unieron al coro: «¡Gracias, Dios! ¡Gracias, Dios!». La tormenta pasó y el barco llegó a su destino. Al contar esta historia, un predicador de generaciones pasadas comentaba: «Vosotros viajeros del mar de la vida, que sabéis que vais directo a naufragar a una costa a sotavento, vuestra única seguridad reside en fijar el ancla de vuestra esperanza en la Roca de los siglos».¹

No es sino hasta que nos encontramos haciendo frente a momentos de peligro, que apreciamos la verdadera seguridad. Cuando la vida, la esperanza y el futuro son amenazados, es un gran alivio saber que contamos con un seguro refugio. Las fuerzas

de Satanás son expertas en hacer tambalear nuestra paz y seguridad. Los que tienen una sólida confianza en Dios tienen una gran seguridad (cf. Salmos 46.1ss; 122.1ss). No obstante, los que carecen de una fe firme en Dios, son fácilmente atrapados por las inicuas estratagemas de Satanás. Cuando sus ataques se dirigen a nuestra «ancla de esperanza», debemos fortalecer nuestra fe de modo que nuestra seguridad sea renovada.

La fe de Habacuc había sido sacudida. La esperanza del profeta estaba tambaleando. La revelación en el sentido de que Judá caería ante la ferocidad de Babilonia fue un duro golpe. Las terribles maldiciones de Deuteronomio 28.15ss estaban a punto de convertirse en realidad. Entre las maldiciones se incluía el sitio de ciudades, durante el cual los israelitas comerían a sus propios hijos (cf. Deuteronomio 28.53–57).

El profeta había presentado el argumento a Dios en el sentido de que Este no debía permitir que Babilonia invadiera a Judá. Babilonia era inicua, arrogante y traicionera. Habacuc argumentaba que el Señor Dios era demasiado puro para usar a tan depravada nación para castigar a Judá. Cuando Habacuc terminó de presentar su argumento, él afirmó que Jehová no permitiría que tal crueldad continuara (cf. 1.17). Una vez que terminó su argumento, Habacuc esperó la respuesta de Dios.

El profeta dijo que subiría a la fortaleza o al puesto del guarda (atalaya; KJV), y esperaría la respuesta. Es probable que este puesto de guarda sea una referencia figurada que se usaba para expresar la expectativa del profeta en el sentido de que Dios respondería la queja que acababa de presentar. Este puesto de guarda era una posición elevada que usaban los guardas entrenados para vigilar el perímetro en búsqueda de señales de

¹ Elon Foster, *New Cyclopedia of Prose Illustrations (Nueva Enciclopedia de Ilustraciones para Prosa)*, vol. 2 (New York: Funk & Wagnalls Co., 1877), 35.

actividad enemiga (cf. 2º Reyes 9.17; 2º Samuel 18.24). Habacuc estaba esperando la explicación de Dios, para así llegar a tener una perspectiva sobre lo que estaba a punto de suceder en Judá.

En 2.1-3, Habacuc nos proporciona una gran lección. Nosotros, también, a menudo somos atrapados en medio de las tormentas de la vida; las tribulaciones de la vida nos arrojan de un lado a otro y amenazan con destruirnos. Necesitamos una ancla que nos traiga seguridad; necesitamos un refugio que nos guarde del peligro. El texto de esta lección destaca cuatro maneras como podemos manejar los problemas de la vida y no ser destruidos.

MANIFIESTE UNA TOTAL DEDICACIÓN

Habacuc puso de manifiesto una inquebrantable fe en Dios: «Sobre mi guarda estaré, y sobre la fortaleza afirmaré el pie, y velaré para ver lo que se me dirá, y qué he de responder tocante a mi queja» (2.1). La vida no parecía justa, buena, ni imparcial, pero el profeta no desechó a Dios. Es probable que Habacuc se preguntara: «¿Vale la pena seguir a Dios?». Otros han cuestionado lo apropiado de seguir la voluntad de Dios. Una lucha parecida enfrentó Asaf cuando escribió el Salmo 73:

¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra [...] he aquí, los que se alejan de ti perecerán; tú destruirás a todo aquel que de ti se aparta. Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en Jehová el Señor mi esperanza, para contar todas tus obras (vers.ºs 25-28).

Tanto Habacuc como Asaf hicieron frente a grandes problemas, pero ninguno de los dos desechó su fe. Los dos acudieron a Dios para ver los problemas desde una perspectiva apropiada.

Habacuc necesitaba recordar que Dios tenía el dominio. Su debilidad es común. Deseamos que Dios actúe de acuerdo con nuestro carácter, y no de acuerdo con el carácter de Él. Necesitamos entender que Dios es siempre el mismo (2º Timoteo 2.13). En vista de que sigue siendo el mismo, y en vista de que Sus propósitos no se pueden alterar, debemos seguir totalmente dedicados a Su voluntad, ¡aun cuando la vida no tenga sentido!

Únicamente cuando permanecemos dedicados a Dios, es que podremos tener la victoria sobre nuestros problemas. Cuando uno se consagra incondicionalmente a Dios, conoce la seguridad incondicional del poder de Dios. Habacuc estaba seguro de que Dios le respondería. Esperar es crucial cuando los cristianos están a punto de ser vencidos por la ansiedad. El salmista estaba

dispuesto a orar y a esperar en la respuesta de Dios (Salmos 5.3).

¿Cómo espera usted? Cuando usted está agobiado, ¿espera lleno de seguridad, sabiendo que Dios responderá? Santiago amonestó diciendo: «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada» (Santiago 1.5). Muchos son capaces de citar esa referencia pero no están conscientes de la condición que se declara en el versículo siguiente: «Pero pídale con fe, no dudando nada» (Santiago 1.6). Los que necesitan sabiduría divina para explicar el sinsentido de la vida, deben pedir sabiduría «con fe, no dudando nada».

Una vez que llevamos el problema a Dios, debemos seguir el ejemplo de Habacuc: «y velaré para ver lo que se me dirá». ¡Debemos dar a Dios el problema y dejar de preocuparnos nosotros! En este punto es que la mayoría falla. Cuando estamos enfrentados a un problema de la vida, oramos, confesamos que escapa a nuestra capacidad para resolverlo, le pedimos a Dios que se encargue de él, ¡pero luego nos levantamos de orar y comenzamos a preocuparnos otra vez! Considere este poema anónimo, llamado «Suelta las riendas para que las tome Dios»:

Como hijos que con lágrimas nos traen
juguetes quebrados para que nosotros los
reparemos,
Así llevé yo mis sueños rotos a Dios consi-
derando que mi amigo es.
Pero en lugar de dejarlo solo para que Él
trabajara en paz,
Seguí en los alrededores de Él y traté de
ayudar con métodos que eran míos.
Al final volví a tomar aquellos sueños y clamé:
«¿A qué se debe tanta lentitud?».
«Hijo mío», me contestó Él, «¿qué podía hacer,
si jamás soltaste las riendas para que las
tomara Yo?».

Habacuc no podía entender la justicia de Dios, pero no dejó de esperar en Dios. Llevó el asunto a Dios y lo dejó allí. Esta es la única manera como podemos hallar «paz» cuando estamos enfrentados con los problemas de la vida. Dios nos asegura a los cristianos una bendita «paz [...] que sobrepasa todo entendimiento», solamente cuando rehusamos estar afanosos por medio de llevar todas las cosas a Dios en oración (Filipenses 4.6-7). Cual sea el peso que usted cargue, jamás permita que le agobie. Una vez que ha hecho lo que puede, entréguelo a Dios.

Las presiones de la vida pueden aliviarse cuando poseemos una fe dedicada en el sentido de que Dios «es poderoso» para resolver el problema.

La gran confianza de Pablo en Dios, se resume con la sencilla frase: «[Él] *es poderoso para guardar...*» (2ª Timoteo 1.12b; énfasis nuestro). A la congregación de Éfeso se le recordó que Dios «*es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos*» (Efesios 3.20; énfasis nuestro).

La fe en Dios ha permitido a los cristianos hacer frente y vencer las peores presiones de la vida. Pablo y Silas hicieron frente a azotes, grilletes y maltratos; y a pesar de esto fueron capaces de alabar a Dios con cánticos (Hechos 16.25). Pablo adolecía de enfermedad corporal, y a pesar de esto halló fuerza en la debilidad (2ª Corintios 12.10). Estos hombres poseían una fe que les ayudaba a poner sus problemas en las manos de Dios.

Sigamos el ejemplo de Habacuc. Cultivemos una fe que crea que Dios *es poderoso* para responder a las tribulaciones de la vida.

RESPONDA ACTIVAMENTE A LA PALABRA DE DIOS

A Habacuc se le dijo que escribiera lo que oiría: «Escribe la visión, y declárala en tablas...» (2.2). La respuesta de Dios se publicaría y sería leída por muchos. El mensaje sería sencillo y animaría a otros cuando lucharan con las frustraciones de la vida.

La Palabra de Dios es todavía la única respuesta a las presiones de la vida. Habacuc rechazó la sabiduría humana, porque él sabía que no podía dar una explicación. Él deseaba saber qué tenía Dios que decir.

La Palabra de Dios sigue proporcionando respuestas a todos los que buscan el consejo divino (cf. Salmos 119.97–104). Los que leen la Biblia y se apoyan en sus enseñanzas hallan «mucha paz» (Salmos 119.165). La Palabra de Dios es clara. Cualquier persona puede conocer la respuesta de Dios.

Este maravilloso mensaje debe proclamarse en nuestros tiempos. Hay millones que están luchando y que no entienden la Palabra de Dios. Debemos publicar este mensaje de un modo que sea claro. Necesitamos manifestar al mundo que la respuesta a los problemas de la vida, ¡se encuentra únicamente en la obediencia a los mandamientos de Dios!

El mensaje de Dios para los cristianos que hacen frente a las presiones de la vida es sencillo: «Confía y cree en Mi poder, ¡y en el momento apropiado vendrá la liberación!». Puede que Dios parezca lento, pero Su respuesta vendrá. Puede que usted y yo no podamos explicar lo que está sucediendo en el presente, ¡pero sabemos que Dios

tiene dominio del futuro! Puede que la vida parezca no tener sentido ahora, ¡pero en el futuro tendrá perfecto sentido! «Los apuros innecesarios y la falta de paciencia han impedido la solución de muchos problemas y han producido el fracaso de muchos planes que fueron muy bien trazados».² Esta «paciente espera» no murmura, sino que confía en Dios.

¡Es una perspectiva totalmente diferente, desde la cual se ven las injusticias de la vida, cuando uno deja que ellas sean corregidas en el calendario que Dios ha trazado! Israel oró cuatrocientos años pidiendo ser liberada de la esclavitud en Egipto. No hay duda de que algunos deseaban que la liberación fuera inmediata, pero Dios actuó de acuerdo con su propio calendario. Dios todavía provee liberación, pero lo hace según Su calendario (cf. 2ª Timoteo 2.13; Isaías 14.24).

Aunque Dios parece permitir que la maldad prospere y que la destrucción y la violencia desfilen por la sociedad, habrá un día en el cual habrá que dar cuenta (cf. 2ª Tesalonicenses 1.6–8).

SEA DILIGENTE EN EL DEBER

La determinación de Habacuc era en el sentido de seguir en su puesto, aunque estuviera rodeado de problemas. Esto fue lo que aseveró: «¡Sobre mi guarda estaré firme... y velaré... y seré fiel!».

Los cristianos de hoy deben llenarse de una determinación parecida. Aun cuando estemos siendo aporreados por los problemas, debemos seguir adelante. Puede que nuestra esperanza se tambalee, y que algunas dudas nos ataquen, pero debemos seguir siendo diligentes seguidores de Dios. A los cristianos de Corinto se les mandó «[estar] firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre», aun cuando las presiones de la vida los tentaran a rendirse y a hacer concesiones en cuanto a la diligencia (cf. 1ª Corintios 15.58).

Cuando damos lugar a que los eventos desconcertantes de la vida nos impidan trabajar en la iglesia de Dios, nuestros problemas aumentarán, nuestros lazos de comunión disminuirán y nuestra confianza se debilitará. No obstante, si mantenemos nuestra diligencia y trabajamos para Dios, esa actividad aliviará el peso de las presiones de la vida. Esto es así en la vida de toda persona. Hay momentos en los cuales sentimos deseos de alejarnos de las asambleas de los santos de Dios.

² Sanford Calvin Yoder, *He Gave Some Prophets: The Old Testament Prophets and Their Message (Dio algunos profetas: Los profetas antiguotestamentarios y su mensaje)* (Scottsdale, Penn.: Herald Press, 1964), 153.

Nos cansamos y nos angustiamos. Nos sentimos tentados a retirarnos y a centrarnos únicamente en nuestros problemas. Tan pronto empezamos a hacer esto, nuestros problemas se agravan. Y si en lugar de hacer esto, vamos a las asambleas de la iglesia, aun si tenemos que obligarnos a ir, descubrimos que la comunión y el estar activos aliviarán nuestras cargas. Después de estar en las asambleas con hermanos, estaremos en mejores condiciones de hacer frente a la vida con renovadas energías. Esta era la lucha que estaban teniendo los cristianos hebreos, y esta es la razón por la que el autor de la epístola dirigida a ellos, dio el firme mandamiento en el sentido de no dejar de congregarse (cf. Hebreos 10.19–26).

Cuando estamos agobiados, debemos mantener la diligencia en nuestros deberes para con Dios. ¡Dejar de estar activos es garantía de un mayor desánimo! Cuando estamos agobiados por las presiones, ¡no debemos rendirnos! Debemos recobrar la perspectiva correcta, tal como hizo Habacuc, ¡por medio de estar activos en el servicio a Dios!

CONCLUSIÓN

Cuando las presiones de la vida se constituyen en una pesada carga para nuestras vidas, es fácil creer que todo está perdido. No obstante, cuando estudiamos la Palabra de Dios y esperamos la respuesta del cielo, Dios nos ayudará a superar las presiones de la vida. Un autor anónimo expresó esta idea en su obra «Él, errores no comete»:

Puede que en el camino de mi Padre haya giros
y vueltas;
Puede que mi corazón palpite y sufra dolor,
Pero en mi alma yo me alegro de saber
Que Él, errores no comete.

Puede que mis añorados planes sean des-
baratados;

Puede que mis esperanzas se desvanezcan,
Pero aun así, yo confiaré en que mi Señor dirige,
Que Él, errores no comete.

Aunque la noche sea oscura y parezca
Que el día jamás llegará,
Anclaré mi fe, mi todo en Él,
Él, errores no comete.

Hay tanto que ahora no puedo ver;
Mi visión es demasiado borrosa,
Pero venga lo que venga, sencillamente confiaré
Y dejaré todo a Él.

Porque la bruma no tardará en disiparse
Y Él hará que todo se vea claramente,
En toda la jornada, aunque oscura para mí,
Él, ningún error cometió.

Apropiémonos de la perspectiva de Habacuc cada vez que seamos confrontados con las luchas de la vida. Siempre tenga seguridad en su confianza de que Dios *es poderoso* para solucionar cualquier problema de la vida. Esta confianza segura nos ayudará a no «estar ansiosos por nada».

En este pasaje de 2.1–3, la profecía de Habacuc toma un decisivo giro. «Esta es la estrella resplandeciente de toda la profecía. Este es el factor subyacente y significativo, en el sentido de que la esperanza que Habacuc recibió en la visión es la misma esperanza que la comunidad cristiana mantiene: esa historia, como la conocemos, está en las manos de Dios; es la historia de Dios y es Él quien tiene el dominio. Esto fue lo que permitió a Habacuc salir de la torre de oración y andar en las calles [...] Esta esperanza estuvo en el centro mismo de la iglesia neotestamentaria».³ ■

³ Walter J. Ungerer, *Habakkuk: The Man with Honest Questions (El hombre que hacía preguntas sinceras)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1976), 43–44.